

# Música e imagen en la poesía de José María Vivas Balcázar

Escribe: JUAN CASTILLO MUÑOZ

La memoria de los colombianos es mala no sólo para ciertos aconteceres que no deben olvidar sino para tantos hombres que en una u otra forma significaron algo o mucho en sus anales, especialmente si se trata de escritores y aún más, de los poetas. Vemos así cómo se hunden en el olvido nombres que ayer brillaron con luz propia y que si fueran rescatados recobrarían una vigencia plena para lustre y honra de nuestra expresión literaria.

Colombia es un país que “vive al día”, que ignora su tradición y no recuerda hoy lo que ayer fue para sí algo más que un accidente. Por esa inconsistencia mental, no parece que cada día forjase otro eslabón en la cadena de su historia sino que hoy busca, desorientada, lo que ayer tuvo ante sí y que mañana tornará a inquirir por lo mismo que hoy constituyó parte sustancial de su quehacer y de su existencia.

¿Cuántos poetas definidores de lo que hubiera podido ser expresión propia del país literario yacen en el olvido? ¿Cuántos de ellos se mantienen vigentes sólo dentro de algunos núcleos memoriosos que conservan sus obras con la esperanza —no siempre cumplida— de verlos surgir ante la atención general? Son incontables seguramente y debo confesar que yo también he olvidado no pocos de ellos.

El caso de José María Vivas Balcázar pudo ser, parcialmente, uno de ellos. Por fortuna, no hace más de dos años, el Gobierno del Valle del Cauca recogió en una “Selección Poética” elaborada con devoción y con nobleza por Maruja Vieira, parte de su obra. Y sus libros se conservan en bibliotecas y anaqueles

como algo a la espera de la consulta, de la lectura unciosa, la atención esmerada de quienes gustamos de la dulce musicalidad del verso recobrado, de la espejeante extensión de una poesía hecha de matices y ondulaciones, de constante tributo a la belleza, al amor y a la tierra.

Poeta, periodista, profesor y catedrático, Vivas Balcázar pasó por la vida como las cigarras, cantando. Hasta extinguirse un día en ese Valle del Cauca que fue su amor de siempre porque prolonga la geografía de su Cauca natal, hechos ambos de sol, de alturas coronadas de nieves y de empenachados fuegos interiores.

**Geografía y creación.**—La aldea está allí. Dormida entre los pliegues del tiempo. Con su torre de alta espiga, con su plaza sombreada por mangos centenarios y siempre fructíferos. Con su silencio apenas roto por el bordonear de abeja del río que le ciñe la cintura ordenada de casas antañonas y amables, acogedoras y domésticas.

Tunía, en el Cauca, es una pequeña población donde el silencio no es oro sino paisaje. Donde las horas fluyen en punta de pie para no despertarla de su letargo hecho de memoraciones y de paz. Allí, en esa aldea de muros blancos y tejados ocres, nació el poeta José María Vivas Balcázar un día de abril de 1918. Su niñez transcurrió bajo el palio de los mangos y a la orilla del caudal rumoroso. Ellos y el contorno total alimentaron el ansia soñadora del adolescente que comenzaba a tejer canciones cargadas de brisas y de luz, mirando discurrir sobre su cabeza un cielo de gacelas albas que le invitaban a viajar hacia países de ilusión y de música.

Pueblecito callado como tantos que aún subsisten en Colombia. Aldea que incita a la meditación. Conglomerado humano de ingenuos procederes, que no se arriesca nunca porque vive apegado al surco, doblegado por el trajín cotidiano, del cual se regresa al hogar para recogerse en el silencio y la oración cuando las sombras de la noche se asoman a la cordillera.

Una aldea “tan grácil y tan tímida” que se oculta bajo las frondas y, tan etérea, que se pierde entre las líneas musicales de un verso con la torre rústica presidiendo la mañana que sube “hasta los ángeles en la lumbre dorada”. Aldea diminuta. Pueblecito callado. Paisaje, río, cigarras, nubes como gacelas. Le-

breles juguetones. Hombres y mujeres de clara estirpe y de gesto pausado. Elementos geográficos y humanos para una creación poética. La de Vivas Balcázar.

**Los temas.**—La constante comunión del poeta con su tierra condicionó su expresión. Pero lo hizo a través de procesos de alquitaramiento que afinaron la palabra, la musicalizaron, la hicieron sutil como las fuentes cristalinas que se desgranán desde la cordillera para bañar los pies del paisaje. Y el contacto con el hombre —el hombre de su tierra— permitió al poeta forjar esas canciones de hondo y tierno contenido con una martirizada desazón reflejada en “El Corazón Vacío”, de cuya publicación realizada en 1948, se cumplió el año pasado el trigésimo aniversario:

*Nos da la luz su claridad perfecta,  
su viento azul y su temblor bravío.  
Nada nos falta en las pupilas... nada...  
Y el corazón vacío!*

En este poema inicial me parece percibir el hálito serenamente inquieto del mejor Barba-Jacob, el de la vida profunda y la expresión lacerada. Y es que Vivas Balcázar —coetáneo independiente de Piedra y Cielo— lleva muy hondo el germen de la tristeza atemperada por la quietud de sus paisajes y por la presencia del amor en sus más íntimas palpitaciones. Amor a la patria, a la mujer, al terruño, al hombre todo:

*Este es el Hombre.  
El de ceniza y lágrimas.  
El de confusos sueños  
y confusas palabras.*

Bien señala el inolvidable Lino Gil Jaramillo en el prólogo a la Selección aludida: “Tres parcelas de su vasto mundo interior cultivó Vivas Balcázar con esmero de sencillo hortelano: el amor a la tierra nativa y a su paisaje circundante, el amor a la patria y al heroísmo personificado en Bolívar, y el amor al amor, al soñado amor, al hallado amor, al encarnado amor”.

El tema heroico va por la vía bolivariana y se extiende hacia las gestas de la libertad como un manto luminoso sobre el corazón de la América India. Desde el rostro de Chile hasta las eminencias de los Andes colombianos. El Héroe de Vivas Bal-

cázar, que “tajaba cadenas con su espada” es el Bolívar confundido con la raza. Una raza que lucha y que combate por la libertad que para el poeta “es un águila enorme que atraviesa la aurora”.

**La luz del encuentro.**— Existe un corte definitivo en la poesía de Vivas Balcázar cuando abandona “la luz y los lebreles”, las gacelas y las aves viajeras para encontrarse con las cosas sencillas. De ellas habla desde entonces en el mismo verso musical y rítmico pero con unción diferente. Se diría que el poeta ha descendido de su alta cumbre —jamás torre de marfil— para beber en el acontecer cotidiano los temas del contorno.

Ese cambio se produce cuando Maruja Vieira —poeta ella misma y altísima poeta— llega a su vida con revelaciones de amor y con mensajes de expresión apegada al discurrir desolado de la humanidad circundante. Un vasto campo para la interpretación de las influencias daría este de Maruja y José María. Ella, que desde sus obras iniciales marcó punto focal en la expresión de la poesía sentida y escrita por la mujer —me niego a llamarla poesía femenina— le entrega nuevos bagajes, le muestra otros caminos y le ofrece sugerencias que el poeta va engarzando desde entonces en un nuevo conjunto expresivo, más hecho al mundo, como herido por la anunciación de voces laceradas. Se libra, en primero y audaz término, de la métrica rigurosa y busca temas arduos como arduo es el peregrinar del hombre por los caminos de su angustia:

*Mi sien estremecida se conturba  
sobre el dolor,  
sobre el pavor,  
sobre la eternidad de mi ceniza  
(el cielo es ala enorme que se curva).*

**La música y la imagen.**—“Más que poeta de imaginación, es Vivas Balcázar poeta de sensibilidad” ha dicho el Maestro Rafael Maya en certera afirmación. Sus poemas son objetivos. Reflejan paisajes, sensaciones, vivencias interiores, en un marco estructurado de imágenes que entregan al lector panoramas plenamente delineados, composiciones de lugar dentro de las cuales juega papel determinante la musicalidad del verso, que se conserva incólume a pesar de la rigidez métrica. Que, sin embargo, tampoco le resta flexibilidad ni liquidez cantarina. Que comunica

las más puras emociones a quien degusta sus líneas cadenciosas. La imagen es en Vivas Balcázar motor de la poesía:

*Dolor del mar que viene desde lejos  
de visitar las islas más remotas,  
de perseguir sirenas y gaviotas  
por arenales y pinares viejos.*

Y así en otros poemas. Como cuando dice: “sobre la tierra donde el viento salta como gacela azul/ y muerde flores”. “Rubios álamos/ mueven un pueblo musical”. “La muerte es un lebrél” para el poeta que, además, ubica su carta a la Patria “aquí donde las olas,/ mordiendo sol, dinamitando espumas/ alzan contra arrecifes de violetas/ sus coronas de negros alcatraces”.

Sería infinita la rememoración de las imágenes engarzadas a lo largo de la obra del bardo caucano.

La musicalidad del verso lo hace inolvidable. Su voz se adelgaza, se afina como las brisas de su Tunía entrañable para dar el mensaje de la luz. Y esa música queda enredada en las fibras del corazón y de la mente para retornar cíclicamente cada vez que el lector-receptor se encuentra en actitud propicia para el recuerdo y la emoción.

Sus períodos cadenciosos marcan una estrategia expresiva que lo define y lo singulariza. Cada verso está compuesto por una orquestación sonora que tiene mucho de los instrumentos terrígenos, aun cuando a veces utiliza para sus grandes sinfonías poéticas los magnos acordes de un órgano catedralicio. Y, sin embargo, a la poesía de Vivas Balcázar, a pesar de la música que hoy se quiere desterrar, aislar del verso, nada le resta en la profundidad del concepto ni en la concepción humanísima de su decir.

Vivas Balcázar, pues, además del cantor de las cosas sencillas, del héroe, de la patria, de la tierra nutricia y del amor, es el poeta de la música. Y de la imagen.